

Visitando Vasconcelos. Consideraciones sobre los libros y la lectura

JESÚS MARCHAMALO

Escritor

Entre el escritor y el lector existe una relación de complicidad. Esta relación se funda en anécdotas, ambientes, viajes, signos, en ocasiones, arbitrarios, pero repetidos; tienen que ver con un cuarto de trabajo lleno de libros dispuestos en desorden, con el humo de cigarrillos, recuerdos de infancia o enfermedades compartidas. Todo ello contribuye al poder cautivador de la lectura, que empieza, pero no termina, en los libros.

1. Sergio Pitol, el escritor mexicano amigo de Vila-Matas. Acabo de darme cuenta, recordando, de que me encuentro con él prácticamente una vez al año, en Madrid, casi siempre en el hotel Suecia, o en la Casa de América, donde su presencia es tan habitual que todos los camareeros y conserjes le conocen por su nombre.

Nuestros encuentros siempre han tenido que ver con algún asunto profesional: una entrevista, un reportaje, la presentación de su último libro, pero de algún modo la reiteración ha terminado facilitando entre nosotros una inesperada familiaridad: recuerda mi nombre, me saluda con cordialidad y me pregunta por mis hijos, como si fuéramos viejos conocidos. Sorprende verle fumar, un cigarrillo tras otro, envuelto en una nube gris de humo, con el entusiasmo de un fogonero.

Una vez hablamos de su infancia, en casa de una de sus abuelas. Sus padres habían muerto y a él le diagnosticaron unas fiebres palúdicas que exigían para su curación un prolongado reposo. Así, sus primeros años, y por tanto sus recuerdos infantiles, están ligados a la enfermedad, a los vapores de las hierbas medicinales, al

tacto de las sábanas, húmedas como mortajas, al sabor acre de las medicinas y a las baldosas frías de los dispensarios.

Me contó de ese niño enfermizo, que era él mismo —la tez color ceniza, el rostro triste—, y de cómo se refugió en la lectura: Salgari, Conrad, Dumas, Stevenson, y en aquellos territorios mágicos de corsarios y piratas, islas desiertas y selvas donde la vegetación era tan tupida que no dejaba entrar el sol. Durante un tiempo esos escenarios frondosos fueron su mundo conocido, el mundo que, imaginaba, rodeaba la casa de su abuela, al otro lado de la verja. Y recordaba entre risas, una nueva bocanada de humo denso, que cuando llegaban visitas, algún tío lejano, un vecino, y hablaban de lo que ocurría en el país, se sentía aterrado ante ese lugar absurdo surcado de avenidas, de coches y bombonerías, de cines y escuelas en las que colgaba la enseña nacional y el retrato del presidente.

Tal vez esa condena infantil, aquel encierro de años en las historias impresas fue lo que le llevó a escapar el resto de su vida. Pitól se convirtió en un escritor viajero: vivió en Madrid, Barcelona, Praga,

I Reflexiones

Moscú, París, Venecia. Fue agregado cultural, creo que embajador, traductor, asesor editorial, profesor... Tal vez no tenga nada que ver, pero pudiera ser que detrás de todas esas idas y venidas no hubiera en realidad más que la búsqueda de los paisajes de su infancia: las islas de piratas, y la vegetación exuberante que finalmente entendió que sólo existía en los libros.

2. Leí hace tiempo *Vidas escritas*, de Javier Marías. Son una serie de biografías de algunos de los escritores que más han influido en su literatura. En la pasada feria del libro, en Madrid, conocí a Antonio Méndez, un librero de lecturas exquisitas, amante de los libros y amigo de Marías (creo que es lector real de Redonda, ese reino intangible), a quien le entregué el libro para que mediara ante su escurridizo vecino para que me lo firmara.

La embajada funcionó y en la portadilla de mi ejemplar, debajo del título, aparece escrito a mano, con tinta azul: “*Para Jesús Marchamalo, estas vidas más ilustres, pero tan calamitosas como la mía. Javier Marías*”. Podría haber escrito perfectamente “*tan calamitosas como las nuestras*”, incluyéndome solidariamente en ese ejército de afligidos, pero supongo que no se atrevió, por falta de confianza.

[Sergio Pitól] Me contó de ese niño enfermizo, que era él mismo —la tez color ceniza, el rostro triste—, y de cómo se refugió en la lectura: Salgari, Conrad, Dumas, Stevenson, y en aquellos territorios mágicos de corsarios y piratas, islas desiertas y selvas donde la vegetación era tan tupida que no dejaba entrar el sol.

Es un libro que tengo todavía marcado con papeles y notas de lápiz, asteriscos y corchetes que señalan párrafos y frases que en su momento me interesaron. Leí que Faulkner, por ejemplo, dejó un empleo en la estafeta de la Universidad de Mississippi porque el trasiego de estudiantes que iban a comprar sellos no le

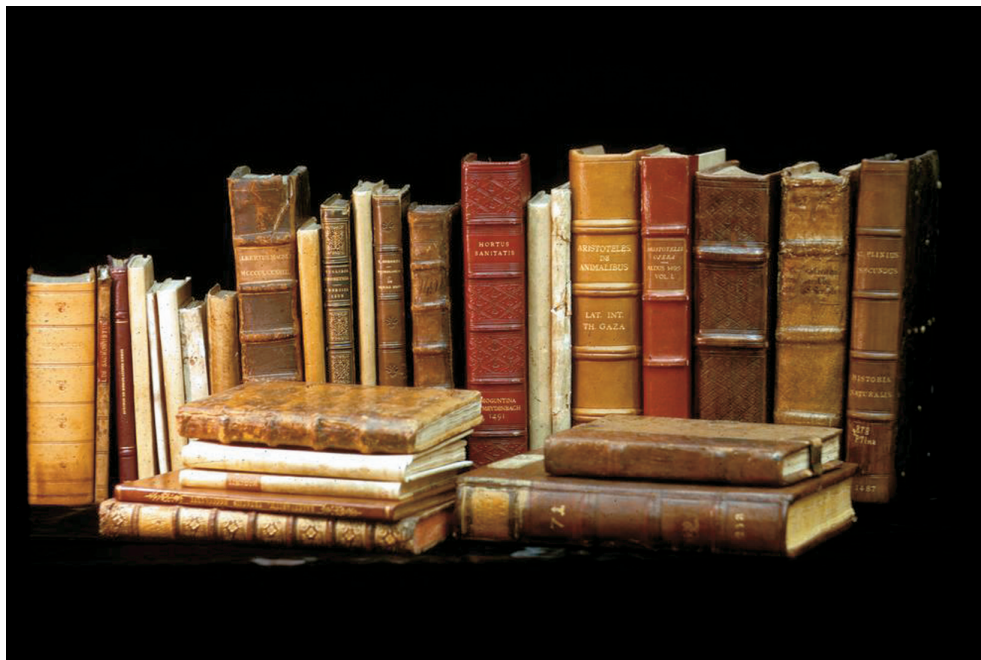
dejaba leer. Leí también que Joseph Conrad, fumador empedernido como Pitól, tenía siempre un cigarrillo entre los dedos, de modo que en sus libros aparecen con frecuencia rastros de ceniza, e incluso alguna quemadura. Leí que Henry James cuidaba personalmente de su biblioteca, cuyas baldas limpiaba a menudo con un paño de seda. Y que Lampedusa salía siempre de casa con un libro de Shakespeare bajo el brazo, para poder remediar con su lectura cualquier fatalidad que pudiera ocurrirle: un tropezón, un encuentro desagradable, una mala noticia... Me resulta sugestiva esa idea curativa de la lectura: un apósito, un analgésico, un desinfectante.

Las fotos de escritores que ilustran el libro son del propio Marías. Las persigue por librerías y subastas, por todo el mundo, al igual que hace con los libros dedicados. Piensa, como los viejos chamanes, que algo del protagonista queda en la imagen, algo de él en su firma. Yo mismo escribo esto ante una foto de Aub, otra de Walser, y otra de Conrad (el fumador) que tengo pegadas en la pared de mi estudio. Hay también una pequeña, recortada de un periódico, de Frida Kahlo, guapa como una revelación.

3. Un amigo. Se sinceró conmigo en una ocasión contándome cómo camina por las ciudades con cierta aprensión, evitando aquellas calles en las que las librerías que visitaba años atrás han acabado convirtiéndose en bancos, perfumerías, en tiendas de edredones y almohadas.

Otro amigo. Me habla de los libros cuya lectura trae buena suerte. No hay cómo dar con ellos, y releerlos cada vez que surge un problema, como un bálsamo.

Otro. Se hacía coser un enorme bolsillo en la parte interior de los abrigos para poder llevar los libros con comodidad cuando salía a la calle. De lejos parecía un general napoleónico escapando de la nieve, vencido a la derecha por el peso.



4. Alberto Mangel. Siempre me lío con el apellido; a veces digo Mánguel, a veces Manjel, pero en general se me entiende. Leí hace tiempo *Una historia de la lectura*, un libro en el que habla de lecturas y lectores: del visir que llevaba su biblioteca en una caravana de camellos, adiestrados para caminar por el desierto en orden alfabético; del explorador polar que estuvo a punto de perder la vida al intentar rescatar su bolsa de libros de una grieta en la que había caído; de los curas que en una abadía infestada de ratones decidieron colocar los libros en círculos concéntricos de modo que los más valiosos quedaran protegidos de la voracidad de los roedores por los que los rodeaban.

También habla de los lectores en las fábricas de cigarros. El trabajo se hacía, supongo que se seguirá haciendo, sobre una mesa de madera, enrollando las hojas de tabaco apenas con una cuchilla de bordes romos, y una enorme habilidad manual. Casi todos los cigarreros (y cigarrerías) aparecen fumando en las ilustraciones de la época en las que también se ve, al fondo de la estancia, subido a veces en una pequeña palestra, al lector. Lo

pagaban los propios trabajadores, muchos de ellos analfabetos, que elegían también las lecturas.

Lampedusa salía siempre de casa con un libro de Shakespeare bajo el brazo, para poder remediar con su lectura cualquier fatalidad que pudiera ocurrirle: un tropezón, un encuentro desagradable, una mala noticia... Me resulta sugestiva esa idea curativa de la lectura: un apósito, un analgésico, un desinfectante.

Normalmente se leían los diarios, a primera hora de la mañana, y después, desde mediodía hasta las tres de la tarde en que sonaba la sirena, obras literarias, entre ellas algunas que se releían cada cierto tiempo, al ser una y otra vez solicitadas, al punto de que los trabajadores acababan memorizando pasajes completos que repetían a media voz mientras el lector los leía en voz alta. Una de estas obras fue *El conde de Montecristo*, de Alejandro Dumas. Tanto les gustó a los cigarreros que pidieron permiso por escrito al autor para dar el nombre del personaje a un puro, a lo que el viejo Dumas, apenas unos meses antes de su muerte, accedió.

I Reflexiones

Los padres leen a los niños sus primeros cuentos, que memorizan y que después ellos mismos fingen leer pasando las páginas. Luis Mateo Díez recuerda vivamente la lectura del *Quijote* en su colegio: pantalones bombachos, medias de lana, en el frío León de la posguerra. Mangel fue lector de Borges cuando la ceguera le impidió seguir leyendo. Pero cuentan que en su despacho en la Biblioteca Nacional, se sentaba a veces en un sillón, y sacaba un libro de la estantería: lo abría sobre su regazo para sentir el tacto de las páginas, el sonido del papel, el olor de la tinta.

Mangel fue lector de Borges cuando la ceguera le impidió seguir leyendo. Pero cuentan que en su despacho en la Biblioteca Nacional, se sentaba a veces en un sillón, y sacaba un libro de la estantería: lo abría sobre su regazo para sentir el tacto de las páginas, el sonido del papel, el olor de la tinta.

5. James Joyce, el inmortal autor del *Ulises*, también vivió amenazado por la ceguera. Tuvieron que operarle, y debió restringir durante un tiempo sus hábitos lectores.

Colette, al final de su vida, leía con una enorme lupa que llevaba colgada del cuello con un fino cordoncillo de seda, junto a su gata, que se acurrucaba en la cama encajada entre almohadones y libros.

A Joyce le echaron una vez de un trabajo. Daba clases particulares de inglés, en Trieste, y una de sus alumnas, una marquesa herrumbrosa, lo vio bajar las escaleras hasta el portal, deslizándose como un crío por el pasamanos.

6. Algún día habrá que hacer un homenaje a las oficinas, y a todos los escritores que han conseguido refugiarse en ellas en algún momento de su vida: Rulfo, que trabajó durante algún tiempo en un oscuro, inhóspito despacho del departamento de migraciones; Pessoa, que pasó años rode-

ado de sellos de caucho, instancias, sacapuntas y bandejas de baquelita, inventándose heterónimos; o Kafka, que trabajó en una compañía de seguros. Definitivamente, hay algo que vincula la literatura a esos lugares impersonales de arquitectos metálicos, percheros de madera, cristales esmerilados y relojes de ficha.

Kafka, como es sabido, dejó una carta dirigida a su amigo Max Brod en la que le ordenaba quemar toda su obra, destruir su legado. Brod no le hizo caso y por eso podemos ahora leer sus libros.

Se cuenta de él que un día, paseando por Praga con el hijo de un amigo, vio cómo el niño se paraba ante el escaparate de una librería. El joven Kafka le preguntó si le gustaba leer, y como el niño asintió, le explicó que el mundo de los libros no es el mundo real, y que nada se puede aprender en los libros que no haya también que aprender en la vida.

Me pregunto en qué medida la lectura no es también huida, escape, truco de magia, sueño. El propio Kafka dejó escrito que la mejor literatura, la única que a él le interesaba, es esa que te muerde, que te araña, que te obliga a despertarte como un mazazo en el cráneo (y creo citar palabras textuales). También Kafka, al final, buscaba en los libros el destierro en las junglas remotas.

7. Los libros se van como se marchan los amigos, es una frase de Octavio Paz. Un comentario resignado, los ojos llorosos, que hizo ante los periodistas tras el incendio de la biblioteca de su casa, en 1996.

Fue al parecer consecuencia de un cortocircuito; cuando llegaron los bomberos habían ardido muchos de sus libros de infancia, alguno de su abuelo, Irineo, y gran parte de sus primeras ediciones que había guardado durante años. Se van como se marchan los amigos, dijo.

8. Álvaro Pombo tenía una gata que leía a su lado, como la de Colette, ronro-



P. Cézanne: *Retrato de G. Geoffroy*, 1895.

neando y lamiéndose el lomo sobre un cojín. Fui a entrevistarle hace años, a un ático luminoso, en Argüelles, y, en un momento de descuido, la gata se abalanzó contra mi brazo, me arañó y me mordió (como la literatura de Kafka). Tuvimos que dejar la entrevista para que

me diera Betadine, y ya nada resultó igual, ante la amenaza cierta de que la gata pudiera arrojarse de nuevo sobre mí en cualquier momento.

Si uno imagina la habitación de un lector, acabará más tarde o más temprano describiendo el salón de Álvaro Pombo: un

NUESTRA REALIDAD EDUCATIVA Compromiso educativo

G. Arcimboldo: *El bibliotecario*.

par de sofás llenos de libros y papeles mezclados con cojines y periódicos atrasados; estanterías atiborradas de libros y fotos; una estufa de noches invernales; luces bajas y tal vez media docena de mesas camilla repartidas por la habitación como un sistema solar. En las pantallas de las lámparas, sujetos con pinzas, decenas de

papeles donde figuran citas, anotaciones, mensajes... Y en las paredes, en todas, cuadros de barcos y mares encrespados.

El mismo Pombo tiene un aire de marino decimonónico, y no es difícil imaginarlo ante la rueda del timón, en el castillo de popa, con un impermeable amarillo y una pipa humeante.

En ese salón, que es también refugio y camarote, pasa las horas entre libros, casi en cuanto anochece. Pombo debe ser el único escritor que no ha estado nunca en Venecia, confiesa que le gusta más la vida sedentaria en la que vive de las aventuras ajenas: los libros, cuenta, son viajes de los que también se traen postales y recuerdos exóticos. Hablar con alguien que ha leído el mismo libro es hablar con alguien que ha hecho el mismo viaje.

Hace tiempo escribió un artículo, *Viaje a Vasconcelos*, en el que contaba que siempre se encontraba allí con Pitol, en Vasconcelos, el escritor mexicano. Nunca se me había ocurrido pensar que los libros fueran el país donde se encuentran Pombo y Pitol; un país por el que antes transitaron Dumas y Conrad, Shelley y Byron, y Colette con su lupa y su gata, y el explorador polar antes de perder su bolsa en la banquisa.

En cada libro que leo, desde entonces, me imagino al joven Kafka, caminando por las mismas palabras, los mismos o parecidos verbos o adjetivos, los mismos párrafos, eso sí, con la cabeza abierta de un mazazo en el cráneo, todavía soñoliento. ☾